

Capítulo IV

Los antecedentes de la frustración

43

Si se da una mirada de conjunto al desarrollo económico chileno en el siglo que ha cubierto la exposición anterior, difícilmente dejará de resaltar como faceta sobresaliente su carácter contradictorio.

No se trata, por cierto, de la presencia de altibajos; de caídas y recuperaciones; de la gama matizada de sucesos felices e infortunados. Estos contrastes son inseparables de la vida.

Es algo más profundo y significativo. Si pudiéramos reducir todos los aspectos pertinentes a una agrupación de curvas estadísticas, sería simple resumir el sentido de lo dicho. Porque en vez de distinguir una tendencia homogénea que las guía en sus movimientos y fluctuaciones, veríamos una disociación chocante en sus sentidos.

Por una parte apreciaríamos la inclinación notoriamente favorable o ascendente de algunas curvas que representan otras tantas variables primordiales y que después de recibir el impulso vigoroso de la independencia no interrumpen sus conquistas. Son las del comercio exterior y del sistema democrático, por ejemplo.

Respecto a la primera no cabe abundar después de lo que se ha escrito. Sobre la segunda, que probablemente suscitará algunas reservas, conviene esclarecer su naturaleza relativa. Porque no se trata de subscribir las visiones idealistas respecto a nuestra evolución política ni menos postular que ella condujo al país a un estadio perfecto o siquiera maduro. Pero lo que sí puede sostenerse sin temores es que, con todas sus limitaciones, el sistema se fue ampliando a través del tiempo, lo que implicó esencialmente el compartimento del poder entre la vieja clase dominante y otros grupos, a menudo

afuentes y satélites de ella, pero que no por eso dejaron de configurar una base social más ancha. La consolidación e influencia de los partidos de la "clase media", radicales y demócratas, en especial, es prueba de ello, aunque su gravitación a menudo fuera de orden más bien negativo o de resistencia que de dirigentes de los acontecimientos.

Junto a esas curvas, partiendo de la misma base y de igual impulso, pero tomando un sentido manifiestamente opuesto, se proyectarían otras: las del crecimiento y proporciones de sus sectores productivos básicos; las del equilibrio financiero; las de las relaciones sociales y políticas; las del espíritu realizador y de la fe u optimismo respecto al curso y destino de la patria.

44

Del balance de estos elementos contradictorios parece desprenderse una conclusión: que el desenvolvimiento del país, iniciado con tan buenos auspicios, se frustró y que las últimas expresiones, dominando a las primeras, así lo demuestran. Porque al fin y al cabo, teniendo indudable trascendencia aspectos como el crecimiento del comercio exterior o el avance de las formas democráticas, más lo poseen los otros aspectos, que son la carne y hueso, la razón de ser substancial, en el desarrollo de una sociedad.

Pero esta afirmación deja intacto en pie el problema, que es el de desentrañar el "porqué" de esa contradicción y de ese desenlace. Nuestro análisis a este respecto pondrá el énfasis sobre los fenómenos económicos, pero los rebasará en algunas oportunidades. De ninguna manera creemos que sea suficiente, pero esperamos que, por lo menos, ayude a iluminar una parte del cuadro total, la parte quizás más descuidada, porque bien se sabe que un defecto demasiado común en las investigaciones históricas ha sido su indiferencia por el hecho

económico o el análisis del mismo con herramientas excesivamente rudimentarias.

45

Para desarrollar el examen vamos a seguir una metodología algo peculiar. Queremos fijar, en primer término, una especie de patrón o arquetipo del desenvolvimiento en los países capitalistas, para contrastarlo con la experiencia chilena y verificar así en qué aspectos se separó de él y después cuáles fueron los elementos que probablemente determinaron ese alejamiento.

En general, la mayoría de las naciones que han experimentado el cambio de estructuras que las extrajo de la infancia precapitalista, inició su transformación con el impacto de la demanda externa sobre sus fuentes primarias de producción. De ahí provinieron el incentivo y las presiones que rompieron el armazón tradicional, que difícilmente podía crecer y modificarse en el marco de su realidad aislada.

El intercambio con el exterior creó recompensas y medios para desenvolverse. La producción acrecentada que se envía a los mercados foráneos permite adquirir bienes y servicios que paulatinamente se tornan codiciados y necesarios. Con el tráfico en ascenso se acumulan los recursos susceptibles de elevarlo aún más. El contacto con economías más desarrolladas y con elementos humanos e institucionales más evolucionados, unido al factor anterior, abre paso a la introducción de técnicas y métodos más productivos, que al diseminarse generan nuevas mutaciones.

Uno de los vuelos cardinales deriva del hecho de que a medida que el sector primario se expande y moderniza van quedando recursos humanos y materiales disponibles para otros usos. El ejemplo más claro a este respecto puede verse en las consecuencias de la maquinización para la explotación agrícola de los países cerealeros. La mano de obra liberada por ese concepto,

unida a los recursos productivos que pueden adquirirse gracias al intercambio exterior, constituyen un potencial que la inventiva de los empresarios es capaz de aprovechar para fines distintos.

De este modo, necesaria y naturalmente, la expansión inicial de la producción primaria puede dar origen a la diversificación, esto es, al desenvolvimiento de las otras actividades económicas.

Esta sucesión de acontecimientos quizás estaba implícita en la no escrita teoría sobre el desarrollo de la escuela liberal, que suponía, además, que el capital (y por ende la técnica y la productividad) debían repartirse proporcionadamente a través del mundo, buscando las combinaciones óptimas, que seguramente estarían donde abundaran más los otros factores productivos, sobre todo la mano de obra. En este contexto el proceso de industrialización aparecía como un fenómeno legítimo y hasta inevitable, que no requería políticas deliberadas ni arbitrios gubernamentales, porque se desprendería del juego espontáneo de las fuerzas económicas.

De más está anotar que este esquema no ha pasado de ser una abstracción vacía de realidad para gran parte del mundo subdesarrollado, aunque correspondió aproximadamente a las circunstancias en un número de naciones, especialmente algunas noreuropeas y las ex colonias británicas, incluido EE.UU., aunque esa evolución, aun en estas expresiones, requirió una política activa, bien distante de la neutra preconizada por los teóricos del «laissez-faire».

Dicho sea de paso, puede trazarse un paralelo muy estrecho entre los desplazamientos aproximados de la ruta económica descrita y el proceso democrático. Este ha ido habitualmente ahondándose y perfilándose «pari passu» con la decantación y crecimiento de los estratos sociales prohijados por el desarrollo y diversi-

ficación de las fuerzas productivas. La revolución tecnológica en el sector agropecuario, acompañada por el cambio de estructura de la propiedad, ha sido un elemento decisivo para la formación de la burguesía o »clase media« campesina, lo mismo que la expansión industrial ha constituido la base de la organización obrera. Estos grupos, aglutinados políticamente en partidos agrarios y de tendencias socialistas, comparten y disputan posiciones con la o las fuerzas que representan más auténticamente al sector empresario urbano. Con distintas variantes ésta es la »composición del poder« en la mayoría de las naciones capitalistas avanzadas y es meridiana la correspondencia entre los dos planos señalados. La democracia, pues, se halla asentada sobre pilares sólidos, cuya fortaleza relativa depende tanto de los elementos objetivos arraigados en la estructura económica como de los subjetivos dependientes de la acción social e individual frente a los primeros.

A la inversa, allí donde el desenvolvimiento económico ha sido débil o insuficiente, el andamiaje político-social y la organización democrática tienen abrumadoras posibilidades de padecer de serias fallas. El atraso en los sectores primarios puede ser causa o ir de la mano con la supervivencia del influjo de intereses vetustos y retrógrados; no hay una »maduración« de los grupos medios y una clase obrera disgregada e incipiente no pesa efectivamente en el necesario equilibrio de fuerzas. En estas circunstancias, la existencia de formas democráticas, aunque significativa y valiosa, sobre todo por las oportunidades de superación que abre, tiene mucho de fachada con escaso fondo o de edificio con cimientos precarios. Tal parece haber sido la situación de nuestro arreglo institucional y político en el período que revistamos. Aludimos antes al problema.

46

Chile, evidentemente, y como ya lo dijimos, no figura

entre los países donde el esquema liberal llegó a sus anticipadas consecuencias, a pesar de que aquí, aparte de los elementos positivos antes señalados, se dieron otros que se conformaban estrictamente con los requisitos teóricos, como ser la plena libertad económica y la estabilidad política e institucional.

En primer lugar ha quedado por demás de manifiesto en las páginas anteriores que el desenvolvimiento de los sectores primarios, suscitado por la demanda exterior, no derivó en un incremento de la productividad que les permitiera mantener su posición en la competencia internacional. Los progresos tecnológicos simplemente no fueron asimilados y a medida que se agotaron los recursos más fáciles y más ricos o que se incorporaron otros productores que poseían riquezas de ese carácter o habían elevado su eficiencia, las fuentes de exportación nacionales perdieron sus mercados parcial o totalmente.

En esta materia, como se ve claramente en el caso del salitre, es indispensable tener en cuenta que las exigencias de la tecnología de la época, a la inversa de lo que puede ocurrir hoy en algunas explotaciones o industrias, era relativamente modesta y por ende no demasiado costosa. Lo que se pudo y debió hacer en la minería nacional, o en la agricultura, salvo algunas excepciones, como las grandes obras de regadío, por ejemplo, era perfectamente compatible con los recursos acumulados en las prolongadas fases de bonanza. Si el proceso se hubiera iniciado y mantenido adecuadamente, sin duda habría creado los medios para afrontar tareas de mayor envergadura, como las que fijó la minería del cobre cuando hubo que explotar los yacimientos de bajas leyes. Pero al plantearse esta revolución tecnológica la minería doméstica no tenía tras de sí ni la acumulación suficiente ni la capacidad organizativa y de administración que eran indispensables. En estas cir-

cunstances no se perfiló otra salida que la introducción de capitales y técnica extranjeros, a costa, por cierto, de una retribución considerable y de otras desventajas que veremos más adelante.

La entrega del cobre y del salitre a la iniciativa foránea, unida al retraimiento o desaparición de todas las fuentes de exportación primaria propiamente nacionales, son la prueba más palmaria de que el país no consiguió salvar plenamente ni siquiera la primera etapa de la secuencia concebida por la teoría liberal del desarrollo espontáneo.

Si no se logró resolver adecuadamente ese problema, es obvio que resultaba aún más difícil abordar el que debía plantearse a continuación, esto es, el desplazamiento de los recursos humanos y materiales liberados de la producción primaria hacia los otros sectores económicos, y especialmente la industria.

Este aserto requiere cierta elaboración. Desde luego no debe pensarse que las actividades primarias, por satisfacer la demanda externa e interna, no dejaron factores disponibles para su empleo productivo en otras actividades. En lo que respecta a la mano de obra parece haber existido un sobrante más o menos apreciable, que ni siquiera la succión efectuada por la industria del salitre en su período de expansión consiguió agotar. Así lo sugieren numerosos testimonios respecto a un fenómeno que podría ser materia de gran interés para la historia económica chilena: la emigración de fuerza de trabajo. Un informe de la Sociedad de Fomento Fabril al Congreso (1887) anotaba, por ejemplo:

»Nuestro país, por efecto de su gran extensión de costas, ha tenido comparativamente a las otras repúblicas americanas una población tan densa que pudo calificarse de excesiva para sus necesidades industriales. Hasta hace pocos años, las dos industrias

de Chile, la agricultura y la minería, no alcanzaban a ocupar los brazos chilenos y la baja natural de los jornales que esto produjo buscaba su compensación en la emigración constante de nuestros pobladores hacia las costas del Perú o Bolivia o hacia los valles de Cuyo y de Mendoza«.

El desarrollo salitrero y el incremento de las obras públicas que posibilitó el enorme auge fiscal disminuyeron transitoriamente ese excedente. Un comentario del diario »El Ferrocarril«, en 1889, reclamaba porque:

»La carestía de los jornales y salarios alcanza proporciones inquietantes y más que todo la escasez de brazos disponibles para dar a los trabajos el impulso que conviene a su próspero desarrollo y terminación«⁸⁰.

Sin embargo, el problema recrudece cuando el nitrato deja de aumentar sus dotaciones y los otros sectores, de progreso cansino, son incapaces de absorber el incremento vegetativo de la población.

Lo que queremos subrayar con esta aclaración es que no fue escasez de mano de obra lo que cerró el avance de otras actividades.

47

Delineado aquel »esquema ideal« y destacadas las diferencias primordiales con la realidad del desenvolvimiento chileno, debemos encarar sin rodeos las causas del fracaso o frustración del proceso tan felizmente iniciado y con sujeción tan fiel a los requisitos del patrón librecambista.

La teoría moderna del desarrollo económico ha sin-

⁸⁰Cit. por H. Ramírez, op. cit.

dicado entre los factores decisivos para el proceso los que se refie en a la magnitud y calidad de la inversión. En verdad se trata de una racionalización y sistematización de dos elementos que la experiencia común vislumbra sin grandes dificultades, porque responden a una realidad que también tiene vigencia en el plano individual o de cualquier unidad económica. Hasta el "hombre de la calle" sabe o barrunta que el progreso material de una persona o de una empresa depende en grado principal de su capacidad para apartar recursos de su consumo cotidiano y de su habilidad para destinarlos a los objetos más ventajosos para sus fines.

En el caso de un país, y sobre todo de uno adolescente y subordinado al comercio exterior, la ilustración más transparente del asunto se percibe en el uso y destino de los ingresos que depara el intercambio. Allí se plantea de modo muy simple y tajante la alternativa entre encauzarlos a la satisfacción de las necesidades o apetitos inmediatos o a propósitos que implican de alguna manera la expansión del potencial productivo.

Conviene, pues, antes que nada, examinar de qué modo encaró Chile en el período estudiado la cuestión de la magnitud de la inversión y de la productividad de la misma, aspecto este casi tan principal como el primero, porque sobra reiterar que un mismo volumen de recursos puede rendir en escala muy diferente según se aplique a un fin de alta fertilidad (una obra de regadío, por ejemplo) o a uno de escasa o mínima (un palacete de recreo).

La adustez moral de muchos próceres de la República; la sobriedad de las formalidades oficiales; la opacidad exterior del carácter del chileno más representativo en el siglo pasado, han creado una impresión que parece responder indirectamente a la interrogación insinuada. Porque la verdad es que tales apariencias en los grupos dirigentes sugieren una sociedad parca en sus hábitos

y, por ende, previsoras en su estimación del porvenir y consciente de lo que debe sembrarse para poder cosechar.

Sin embargo, los numerosos testimonios disponibles hacen pensar que tales deducciones no corresponden a la realidad y que los revestimientos disfrazaron la predisposición del pródigo. En otras palabras, que esa impresión de comunidad austera y ahorrativa no pasa de ser un mito, por lo menos en lo que afecta a la conducta del "homo economicus" chileno.

Lo curioso es que hay revelación del verdadero estado de cosas desde antiguo, o sea que no se trata de un aserto que requiere trabajoso desentrañamiento.

Courcelle Seneuil, por ejemplo, escrutando los antecedentes de la primera crisis importante, la de 1861, escribió:

»Gran parte de las nuevas entradas ha sido empleada en dar ensanche a los goces de los propietarios; el mayor número de éstos se ha puesto a construir soberbias casas y a comprar suntuosos amoblados y el lujo en los trajes de señoras ha hecho en pocos años progresos increíbles; el número de carruajes particulares ha más que duplicado; los gastos de mesa y en suma todos los gastos ordinarios de familia han aumentado inmensamente... ha sucedido lo que sucede siempre que incidentes exteriores elevan fortunas rápidas, cuyos propietarios no tienen todavía costumbres de administrar, asegurar y consolidar por el trabajo y la previsión»⁸¹.

A raíz de la segunda tembladera, en 1878, se adelanta el mismo diagnóstico, como uno de los elementos determinantes del desequilibrio.

⁸¹ F. Encina, Historia de Chile.

»Los gastos suntuarios, lo mismo que en 1851-57, subieron en forma desmedida. Las procedencias francesas, representadas casi íntegramente por artículos de esa naturaleza, alcanzaron a la cuarta parte del valor total de las importaciones. La edificación cobró un vuelco extraordinario. Entre mayo de 1872 y el 20 de abril de 1873, se concedieron en Santiago 448 permisos para edificar y muchos de los nuevos edificios fueron palacios suntuosos«⁸².

Marcial González, autoridad ya mencionada, señalaba en la misma época:

»Chile es uno de los mejores mercados para la Francia. Ella es la que provee a nuestro consumo después de Inglaterra y sólo nos envía artículos de gusto, pero nunca o cuando más en muy pequeña escala los que se llaman de primera necesidad y para el uso del bajo pueblo. Así se explica el lujo realmente abrumador de nuestra clase alta y que se exhibe no sólo en palacios espléndidos sino que en muebles, trajes, coches, joyas y fiestas y a veces hasta en bagatelas que no procuran ningún goce directo, pero que tienden a dar una opinión elevada de la opulencia y liberalidad de los que las poseen. Yo he pasado, señores, algunas semanas en Florencia, cuando era la cabeza del reino de Italia, y puedo aseguraros que no he visto allí, ni con mucho, lo que veo en Santiago. Digo más, todavía, y es que la ostentación y el lujo son mayores, incomparablemente mayores, en Santiago que en París, Berlín o Londres, considerados, se entiende, los recursos y densa población de esas capitales«⁸³.

La prosperidad salitrera, que abrió tantas posibilidades halagüeñas, parece haber intensificado la di-

⁸²F. Encina, Historia de Chile.

⁸³M. González, »El crédito y la riqueza en Chile«, 1872.

lapidación de recursos. Francisco Valdés Vergara sentenciaba en una de sus obras⁸⁴.

»Es incalculable la influencia... que ejercen las costumbres de una sociedad en la cual el espíritu de economía y ahorro se halla proscrito por la fastuosa emulación que lleva a todas las personas a medir sus gastos visibles no con sus ingresos regulares, sino que con los gastos de sus vecinos, aunque éstos dispongan de mayores bienes. Tal conducta, fatalmente, ocasiona el consumo innecesario de grandes capitales que hacen falta al trabajo nacional y que pesan en la balanza de comercio como exportaciones sin retorno«.

Samuel Valdés Vicuña, otra pluma valerosa, en una obra ya citada⁸⁵, agregaba tiempo después:

»¿Cómo, se dirá, ha podido llegar a tal grado de empobrecimiento un país como Chile, exclusivo en la producción del guano y del salitre, que fue árbitro en el ramo del cobre, que puede dictar la ley en el mercado del bórax, y que tiene leguas de terrenos carboníferos; con un territorio empapado en oro y que tantos centenares de millones ha sacado de su suelo en los pocos años que lleva de vida libre?».

Nada hay sin embargo más fácil de explicar. Como herederos jóvenes, hemos sido administradores de nuestra herencia; la hemos disipado creyéndola inagotable; y mientras más nos entregábamos a la holganza y a la vida de placer, descuidábamos el dar consistencia y fuerza a esas mismas fuerzas productoras de la riqueza que disfrutábamos.

»Los hábitos de lujo se han venido desarrollando entre los ricos propietarios desde hace muchos años;

⁸⁴F. Valdés., »Observaciones sobre el papel moneda«, 1885.

⁸⁵S. Valdés, »Solución del...«, op. cit.

y para precisar época, diremos desde que se fundó la Caja Hipotecaria (agosto, 1855). Hasta entonces vivíamos en casas modestas y sólo regularmente alhajadas. Pero un rico edificó una casa de ladrillos en la calle Húerfanos y ésa fue una voz sonora, una campana que llamó a los propietarios, no a la oración, sino a la competencia y a la ostentación de la fortuna. . .

»En relación al edificio, tenía que ser el menaje que se traía de Francia y hasta la modesta calesa, tirada por una mula, con el sirviente montado, fue preciso cambiar por el coche de París, arrastrado por dos caballos y con un cochero vestido con más lujo que los patrones⁸⁶.

Un indicio muy concreto y relacionado con una alternativa antes mencionada en el aprovechamiento de los recursos ganados con el intercambio nos dan algunas cifras sobre composición de importaciones en dos años diferentes, 1883 y 1907. En el primero, entre tejidos (13,2); vestuario, joyas, etc., (3,8), menaje (3,5), vinos, etc., (1,5) y tabaco, rapé, etc. (0,7), se gastaron 22,7 millones de pesos; en cambio las adquisiciones totales de materias primas, maquinarias y materiales para FF.CC. y telégrafos sumaron 12,5 millones. En 1907, las importaciones por concepto de champaña (1,0), joyas (2,0), sederías (3,0) y perfumería (0,8) se invirtieron seis millones ochocientos mil pesos en tanto que las correspondientes a maquinaria industrial y agrícola alcanzaron solamente a 3.780.000 (3.180.000 para el primer rubro y sólo 600.000 para el segundo)⁸⁷.

Con razón, Encina resumía esta evolución con el siguiente párrafo que suena a epitafio:

»Si la mitad de lo que en los últimos 40 años hemos despilfarrado o invertido en lujos, lo hubiéramos apli-

⁸⁶S. Valdés, »Solución del. . .«, ob. cit.

⁸⁷Citadas por S. Valdés y D. Martner, op. cit.

cado a comprar máquinas salitreras, a montar la minería industrial del cobre, a regar nuestros suelos baldíos, aun sin entrar al campo para nosotros de más amplios horizontes de la actividad fabril, la posición de Chile en América sería hoy distinta. La inmensa ventaja que tomamos en la partida no la habrían descontado tan fácilmente otras repúblicas, a pesar de las enormes riquezas con que las favoreció el destino«.

No fue, pues, la propensión a ahorrar y a invertir una parte adecuada de sus ingresos la virtud más sobresaliente de nuestra comunidad. En este predicamento, con razón se hará presente, todas las clases convenían por igual, pero no es menos efectivo que las dirigentes tienen una doble responsabilidad. Primero porque son las que están en mejor situación para apartar excedentes de rentas para la capitalización y, segundo, porque ellas, con su ejemplo, tienen una influencia fundamental en la fijación de los valores y hábitos de una comunidad.

Si a la realidad descrita agregamos el hecho de que la actitud pasiva del Estado, impuesta por la filosofía liberal, privó al desarrollo económico de una influencia que pudo corregir o paliar en parte la falta de espíritu previsor de los individuos pudientes, llegaremos a clasificar el primer factor primordial que afectó negativamente la suerte de nuestro crecimiento.

Los recursos que debieron elevar la tasa de ahorro-inversión; los empeños que pudieron concentrarse en arrancar de esos medios el más alto rendimiento, se diluyeron en el ejercicio de una concupiscencia refinada y estéril. Mal se podía de ese modo perfeccionar la tecnología de los sectores primarios y menos aún acumular los capitales para dar empleo en otras actividades a la mano de obra y a los elementos naturales que había disponibles.

Una política de plena »puerta abierta«, de »desarrollo hacia afuera« sin cortapisas, como la que siguió el país hasta la gran crisis, involucra un considerable desafío, que si bien suscita grandes oportunidades, igualmente supone algunas asechanzas temibles. Las consecuencias o saldo de los elementos opuestos dependerá de las reacciones del sujeto expuesto frente a ellos.

En el tratamiento de este tema, que esperamos nos permita discernir otros factores que conspiraron contra la suerte del desenvolvimiento chileno, creemos que ante nada es útil distinguir algunos tipos o modalidades de »crecimiento hacia afuera«, o sea cimentado sobre el comercio exterior. Porque en la literatura económica corriente, sobre todo en esa que gusta de navegar por las alturas de una abstracción que se divorció de sus raíces, el intercambio con economías foráneas y sus indudables ventajas se plantean como si se tratara de un fenómeno unívoco, que no tiene distintos rostros sino que uno solo.

Sin embargo, es transparente que si nos remontamos a fines del siglo pasado y comparamos, por ejemplo, las variantes de »desarrollo hacia afuera« en Gran Bretaña y en Chile, nos daremos cuenta de inmediato de que existiendo un elemento común en ambas, la importancia del comercio exterior en la colocación y en el aprovisionamiento de sus bienes y servicios, también resultan diferencias que legítimamente pueden calificarse de cualitativas y que, por ende, configuran dos fenómenos o experiencias distintas.

Sin intentar un análisis adecuado de esta cuestión, que requeriría un estudio aparte, nos contentaremos con subrayar algunos elementos principales del contraste.

En primer término hay que mencionar la diversa base de sustentación de ambas economías de exporta-

ción. En tanto que en Gran Bretaña (y es el caso de muchos otros países adultos) el intercambio externo es una proyección, por decirlo así, de gran parte de su sistema económico —de numerosas industrias, actividades primarias, servicios, etc.—, en Chile ayer y hoy, lo mismo que en la mayoría de las naciones adolescentes, es un tráfico asentado sobre la venta de unos pocos productos primarios; a veces uno o dos solamente. Ya vimos que en nuestro país paulatinamente se fue angostando el punto de apoyo del comercio de exportación hasta quedar el salitre y el cobre en una posición abrumadora.

Las ventajas e inconvenientes de una y otra variante son demasiado obvias como para requerir mayor explicación. Recordemos de todos modos la extrema vulnerabilidad que implica la situación de las economías subdesarrolladas, que no tienen posibilidades de compensar con la firmeza de otros productos los percances que sufren aquellos en los cuales han debido especializarse en escala tan exagerada. Hay pocas ilustraciones más dramáticas de esta realidad que la historia del salitre, desplazado prácticamente de un día para otro de su lugar privilegiado por un afortunado progreso tecnológico suscitado por las urgencias de la Primera Guerra Mundial.

La inestabilidad congénita del comercio de materias primas, agravada por la extrema subordinación a unos pocos productos, tiene repercusiones tan importantes como nítidas. Sobre esta materia escribimos en otra oportunidad lo siguiente, que nos ahorra nueva elaboración:

»Téngase en cuenta, por ejemplo, el caso chileno, un país desde hace largo tiempo subordinado a los vaivenes que afectan al cobre y al salitre. Ambos productos no sólo proporcionan el grueso de las entradas en moneda extranjera..., sino que también

influyen decisivamente sobre el proceso económico en su totalidad. El Estado que recibe sumas importantes por concepto de tributos; la agricultura y la industria que venden productos a los que viven de las actividades mineras; los importadores y consumidores que adquieren bienes extranjeros, pagados con los ingresos que se derivan de las exportaciones de minerales. Todo el cuerpo económico, en suma, está integrado y depende en alto grado de la colocación de esas materias primas. Ahora bien, recordando esa gravitación, piénsese que la normalidad del proceso está amenazada por fluctuaciones tan profundas como las citadas en el informe de las Naciones Unidas, esto es, de un 23 por ciento de un año para otro. Es lo mismo que si un empleado u obrero se hallara expuesto, de la noche a la mañana y continuamente, a que sus remuneraciones bajaran en ese porcentaje... Altibajos de esa magnitud son profundamente perturbadores y conspiran contra uno de los requisitos primordiales de una evolución económica progresiva: cierto grado de estabilidad⁸⁸.

Pero este patrón de crecimiento hacia afuera se halla afectado por otro inconveniente primordial, que se agrega a su inestabilidad y que también lo diferencia del esquema peculiar de las economías adultas. Es el hecho, ya mencionado en otro lugar, de que las relaciones de precios entre materias primas y productos elaborados han seguido una tendencia desventajosa para las primeras. A este respecto ha sido bastante divulgada la investigación de las Naciones Unidas, que cubrió el período 1870 a 1946, que señaló una depreciación relativa de ellas del orden de 40 por ciento respecto a los bienes manufacturados⁸⁹.

⁸⁸ A. Pinto, «Cuestiones principales de la Economía».

⁸⁹ CEPAL, «Estudio Económico», 1949.

Basta destacar estas características para comprender que el molde de la economía de exportación chilena padeció de defectos graves, que redujeron sus repercusiones positivas y lesionaron las posibilidades de crecimiento.

49

Una aclaración y examen parecido al realizado sobre el tema anterior habría que hacer al tocar otro elemento importante en el desarrollo chileno, cual es el de las inversiones extranjeras y, en general, el de la participación de individuos, empresas e intereses foráneos en nuestro crecimiento.

Respecto al asunto está en camino una investigación minuciosa que permitirá apreciar concretamente la naturaleza y alcances de esa intervención⁹⁰. Por el momento sólo podemos tocarla de pasada y para llamar la atención sobre un punto que interesa para nuestro tema general.

Igual que en el problema del comercio exterior, ha primado la tendencia a considerar las inversiones y la participación extranjeras como un fenómeno uniforme u homogéneo, que se da con igual cariz en todo lugar y circunstancias.

Pero no es así. También aquí se presentan distintas alternativas y modalidades que configuran situaciones muy disímiles. Para evitarnos digresiones que nos desviarían mucho de nuestra materia recurriremos de nuevo a una ilustración simple. Como es meridiano, ese comercio de capitales y servicios financieros presenta muy diferentes facetas si se plantea entre países e intereses de aproximada estatura que si las partes son, por ejemplo, una potencia colonial y un territorio depen-

⁹⁰ Iniciada por el Instituto de Economía de la U. de Chile.

diente. Resalta el mismo contraste si cotejamos, por un lado, inversiones en valores de gobierno (como era común en los años de precrisis), en actividades industriales u otras que desarrollan el mercado interno o en filiales arraigadas en el país atendido para todos los conceptos principales, con la clásica inversión directa en verdaderas "factorías", ajenas a las economías nacionales, que trabajan en función de intereses extranjeros y que, además, consiguen absorber una parte desmedida de los ingresos generados.

Lo que en un caso puede ser un soporte primordial para el desarrollo económico, en el otro es susceptible de transformarse en un obstáculo.

En esta materia se sabe por demás que la situación de las grandes industrias extractivas de capitalización extranjera fue, hasta no hace muchos años, muy insatisfactoria en todos los aspectos más significativos, desde el de la distribución de los ingresos hasta el del control y políticas de producción, manejadas por consorcios o carteles internacionales que ninguna contemplación podían guardar por otros intereses que los propios.

50

Mirando estas cuestiones desde otro ángulo vale la pena examinar las consecuencias de una orientación "hacia afuera" en relación a un fenómeno muy atendido en los últimos años por los estudiosos del desarrollo económico y que Duesenberry bautizó como "efecto demostración", queriendo referirse a los apetitos de consumo que suscita el contacto directo o indirecto con sociedades más desenvueltas.

La importancia de este fenómeno resalta en todo su alcance cuando se consideran situaciones del pasado o del presente en que su gravitación ha sido escasa o nula. Pensemos por ejemplo otra vez en los granjeros y artesanos norteamericanos de principios del siglo pasado.

Era gente de trabajo, pobre, esforzada, de hábitos simples de vida y necesidades circunscritas a los bienes y servicios básicos. En la misma época había por cierto segmentos sociales de un nivel y modalidades de consumo muy diferentes, sobre todo entre las clases nobles o pudientes de naciones como Inglaterra o Francia. Pero ellas pertenecían a un »mundo aparte« y ajeno, del cual estaban separados tanto físicamente como por las barreras psicológicas de la estratificación social. Se hallaban en verdad apenas expuestos a esos »modelos« de vida y las incitaciones consiguientes. Una situación parecida en las condiciones modernas se ha distinguido en la experiencia soviética. La mentada »cortina de hierro« no sólo ha sido un cerco político; también aisló a las masas rusas de la demostración de otras formas y escalas de consumo, ciertamente más altas, que se habían extendido entre grupos sociales más amplios en Europa, en las últimas décadas.

En promedio, un habitante latinoamericano en el presente no goza de un ingreso superior al que disponían esos »farmers« norteamericanos del siglo pasado o los ciudadanos soviéticos. En cambio pesa sobre él una acción formidable de contactos, propagandas, demostraciones directas que colocan frente a sus ojos y despierta sus apetitos por los bienes y servicios que son de uso corriente en las economías más adelantadas. El cine, las revistas, las importaciones (o el contrabando), los viajes, todos se suman para incitar su demanda.

Pero el drama (y también la oportunidad) que existe tras este panorama reside en que tales satisfacciones son el producto de un estudio muy elevado de crecimiento económico; de la asimilación y diseminación de las técnicas más productivas; de una acumulación masiva anterior que ha permitido bombear ese caudal de bienes y servicios tan variados y confortables. Y esta realidad no se discierne a primera vista o fácilmente. De allí

uno de los roces más lacerantes entre las aspiraciones que suscita ese ejemplo concertado y las posibilidades efectivas de satisfacerlas. En alguna medida la contradicción es un acicate para superarla por medio de la expansión del sistema productivo; pero en otra, que a menudo predomina, sobresale su efecto desalentador sobre el ahorro y la inversión, ya que éstos, que son en verdad el antecedente necesario de la conquista, aparecen como un obstáculo para el rápido goce de las comodidades.

En el caso de la economía y la sociedad chilena del pasado, evidentemente las consecuencias del «efecto demostración» estaban circunscritas casi por completo a las clases ricas; ni la masa campesina ni los obreros de la ciudad sufrían su impacto en algún grado significativo, amén de que su ingreso personal era tan bajo que no admitía cálculos o ilusiones respecto a su destino, que tenía que ser la adquisición de lo más esencial y de los esparcimientos más burdos.

Pero, como también es meridiano, allá es donde él «dolía», por cuanto eran aquellos grupos los que, socialmente, por la lógica de un sistema de apropiación privada, tenían a su cargo principal el proceso de acumulación.

Francisco Encina, con esa agudeza que hace estimulantes sus escritos, a despecho de las reservas y hasta repudios que pueden provocar muchas de sus observaciones, penetró certeramente en el problema comentado en «Nuestra Inferioridad Económica». Entonces escribió:

«... los deseos de consumo se comunican por imitación con mucho mayor rapidez que los correspondientes deseos de producción. De aquí que el contacto de una civilización avanzada con otra inferior enseñe a esta última a consumir antes que a producir, llevando

a su desarrollo una perturbación profunda que tiene las más graves repercusiones económicas y morales“... »el contacto despertó nuestro gusto adormecido por la ostentación, y con el refinamiento, estimuló los deseos de consumo, sin desarrollar paralelamente la capacidad de producción. El valor de nuestros productos agrícolas, convertidos en salitre y cobre por el industrial extranjero, en su mayor parte, va a Europa a pagar vestiduras, carruajes, joyas, muebles, viajes, etc. En lugar de aplicarse a cultivar nuestros campos, a crear fábricas y a rescatar nuestra minería, va a fecundar la economía de pueblos extraños. La imitación de los refinamientos, sin la imitación de la capacidad productora, viene a ser, así, un serio estorbo para nuestro desarrollo y una sangría que, en medio de una civilización más rica y culta, nos mantiene en mayor estrechez que nuestros padres, menos activos, pero también mucho menos refinados que nosotros“⁹¹.

51

Hay otras repercusiones de una política de »puertas abiertas“ quizás tan importantes como el »efecto demostración“, que si bien escapan al terreno económico, no es posible dejar por completo de lado por su incidencia patente sobre el mismo.

A varias de ellas se refirió con singular clarividencia el historiador Encina en la obra antes mencionada, englobándolas en un tema general, »La decadencia del sentimiento de nacionalidad“.

Por nuestra parte sólo queremos abundar sobre dos aspectos del asunto.

En primer término, y por su actualidad perenne, conviene distinguir en el proceso de difusión que nece-

⁹¹Sobre este problema don Enrique Molina acuñó la inolvidable frase, »Civilizados para consumir, primitivos para producir“.

saria y benéficamente ocurre desde las comunidades más avanzadas a la "periferia" y que se proyecta en todos los planos y campos, lo que podría llamarse la "asimilación", y lo que es una copia o calco mecánico y servil de los patrones recibidos. Lo primero ciertamente implica una actitud o ánimo *activo* del sujeto expuesto a la influencia; un escarmenar, contrastar y adaptar lo transmitido a las circunstancias propias del terreno que abona. Lo segundo la mera imitación.

Cuando se observa la manera en que fueron trasladados al país en el pasado las políticas, los arreglos institucionales, las escalas de valores cívicos, las orientaciones económicas, las directivas y técnicas educacionales, etc., uno no puede menos de concluir que el segundo fue nuestro caso.

Resalta conspicua una ausencia de "personalidad nacional", que es algo mucho más profundo y complejo que el amor patrio o las peculiaridades de la idiosincrasia y que en parte se explica porque el pasado colonial impidió desarrollarla y la "inundación" extranjera fue demasiado violenta para el embrión que comenzaba a madurar con la Independencia. Pero, como señalamos, esas razones distan mucho de ser completas o satisfactorias, sobre todo cuando se tienen a la vista experiencias como las de Argentina y EE.UU., las cuales amalgamaron y uniformaron en su molde nacional a millones de inmigrantes venidos de las más distintas latitudes.

Esa escasa personalidad propia se traduce en la falta de ajuste y adaptación de la compleja semilla repartida por las naciones más evolucionadas; en el "seguidismo" cultural en su más amplia acepción, que transforma a nuestra política económica en un remedo de los principios y técnicas plasmados para la realidad británica o que determina que la orientación educacional un día sea alemana, otro francesa y después

norteamericana, sin pasar por el tamiz de los factores autóctonos. Nadie puede extrañarse en consecuencia de las »indigestiones« y de los resultados contraproducentes.

52

Para nuestros propósitos deseamos también subrayar un aspecto del proceso que tiene particular gravitación sobre el desenvolvimiento económico y que configura en verdad una de las contradicciones claves de la evolución chilena.

Nos referimos a la relación entre el trasplante entusiasta y con relativo éxito de las formas e ideales democráticos decantados en la experiencia franco-británica y los fenómenos que tienen lugar en el nivel de la economía.

Ya hemos dicho en otro lugar que ambos planos, en las naciones de origen, experimentan una evolución más o menos correspondiente, y sin entrar a discutir sobre su prioridad o itinerario, parece evidente que la estructura económica fue moviéndose armónicamente con los acontecimientos políticosociales.

Pero en nuestro país no ocurre así. Por un lado se discierne una lenta pero sensible difusión y arraigamiento de los valores o instituciones democráticas, que implican substancialmente ampliación de oportunidades para un mayor número de gentes; aspiraciones de progreso material y culturales; esperanzas de influir más visiblemente en las decisiones públicas. Por el otro, sin embargo, es igualmente meridiano que el sistema económico no evoluciona en el sentido y en el grado que podrían dar base y posibilidades efectivas de materializar el cuadro de circunstancias que se vislumbra en el horizonte democrático.

El radio de oportunidades sigue siendo limitado por la estrechez del ambiente económico; el desarrollo no es lo bastante vigoroso para crear suficientes opcio-

nes de empleo; el fracaso para elevar la productividad cierra el paso a los incrementos reales del ingreso; la dependencia del exterior somete al cuerpo económico a fluctuaciones súbitas y hondas que hacen tabla rasa de cualquier logro que se creyó ganado; el régimen de tenencia de tierra desequilibra el balance político y hace mofa de las predisposiciones de mayorías desorganizadas, sin la cohesión y el poder del restringido grupo terrateniente.

En otras palabras, el sistema de producción no está en situación de avalar o de cumplir las expectativas que va creando el régimen político. El *subcrecimiento en lo económico* y el relativo *sobreprogreso en lo político* plantean una contradicción aguda, que es fuente de roces, frustraciones y desequilibrios. De ese cuadro podría haber emergido una incitación para romperla por el lado de un acrecentamiento vigoroso de la capacidad productiva. Pero no fue así; en cambio se perfila como uno de los desahogos de ese antagonismo el secular proceso de depreciación monetaria. A ello nos referiremos en el último capítulo de esta parte.

El amplio y persistente contacto con el exterior, en consecuencia, si bien abrió muchas posibilidades, a la vez fue el origen de fenómenos que no beneficiaron el desarrollo económico o lo expusieron a desajustes de considerable entidad.

Ató de modo abrumador el carro económico a un mercado esencialmente inestable y en el cual la relación de precios tendió a ser desventajosa para la producción primaria; diseminó e impuso hábitos de consumo que correspondían a otros niveles de crecimiento y que sin duda contribuyeron a reducir la ya escasa "propensión a ahorrar" de las clases altas; popularizó ideales y formas políticas de carácter progresista, que ayudaron sin

duda a la evolución democrática, pero que, al mismo tiempo, por estar desligadas de transformaciones similares en el substrato económico, fueron causa de trastornos y tensiones que reaccionaron negativamente sobre la economía.

53

En la investigación contemporánea del desarrollo económico se ha prestado considerable atención a la naturaleza de la estructura agraria y, en general, al papel de la actividad agrícola. Las razones son patentes. La economía campesina debe jugar un papel sin duda estratégico.

Por una parte, al compás de la asimilación de nuevas técnicas y medios de organización, ese sector queda en situación de proveer el flujo de mano de obra que se requiere para el desarrollo de las otras actividades. Por la otra el acrecentamiento de su producción es vital para el abastecimiento de alimentos y materias primas de origen agropecuario que precisan las masas urbanas y la industrialización. Asimismo, y en proporción a su peso relativo, desempeña una función valiosa como mercado comprador de los bienes y servicios creados por los otros sectores. Y finalmente, puede hacer una contribución muy significativa al desenvolvimiento del intercambio y a la elevación de la capacidad para importar.

54

Si tenemos en cuenta estas consideraciones al examinar el desarrollo agrícola chileno, seguramente llegaremos a la conclusión de que se ha estado muy lejos de materializar esas posibilidades y que, por el contrario, ha importado otro factor de contracción, de freno o lastre del crecimiento general.

Así lo sugieren diversos hechos que tenemos que reiterar. Como ser, por ejemplo, su impermeabilidad al progreso tecnológico, que mantuvo un nivel de productividad que todavía en este siglo, en las palabras de un

estudio oficial norteamericano⁹², importaba que *»los métodos agrícolas son más parecidos a los del antiguo Egipto que a los empleados en el promedio de las granjas en USA. hoy día«*. También ha quedado en claro que la expansión agrícola se detuvo prematuramente y fue incapaz de diversificarse hacia otros rubros ajenos a la explotación tradicional, de modo que la oferta de alimentos y la ayuda a la balanza comercial se tornaron más y más mezquinas, por lo menos en relación al incremento de las necesidades.

En la segunda parte de este trabajo intentamos un análisis más o menos detenido de los factores que han influido sobre la continuada estagnación del sector agropecuario, cuya ponderación se discute ariscamente. Pero ese escrutinio no parece indispensable para juzgar la situación del período que estamos revisando. Es obvio el predominio de un elemento clave: la estructura de la propiedad y sus implicancias, ya que no obran otros elementos que se han barajado después de la gran crisis, como la falta de recursos en moneda extranjera, las intervenciones gubernativas, las políticas de precios, etc. La verdad es que en el período 1830-1930 la agricultura chilena tuvo todo a su favor: mercados externos, divisas para tecnificarse, crédito abundante, *»tranquilidad social«*, pleno liberalismo en la política oficial, protección de los gobiernos... y hasta desvalorización monetaria para aliviar sus deudas. Y, sin embargo, en lugar de prosperar fue retrogradando. Con alguna razón, entonces, acogemos la tesis sostenida por muchos de que hay que buscar la explicación en el régimen de tenencia de la tierra y el complejo de aspectos anexos que involucra.

La concentración de los recursos agrícolas en pocas

⁹²U.S. Tariff, Commission *»Agricultural, Pastoral and forest industries in Chile«*.

manos (y todavía en 1926 apenas 249 propietarios controlaban 16 millones de hás., en tanto que unos 74.000 pequeños empresarios, en el otro extremo, apenas disponían de unas 865.000) presenta inconvenientes meridianos desde el punto de vista económico, que pueden demostrarse dejando por completo al margen aspectos sociales y políticos.

Toda explotación económica se basa en una combinación de recursos productivos, mano de obra, materiales, equipos, productos primarios, capital financiero, etc., a los que debe agregarse una capacidad administrativa y ejecutiva que en el fondo es una especialidad de la fuerza de trabajo. Los ingredientes y las dosis varían según la actividad económica. Algunas requieren mucho capital y escasa mano de obra; otras mucha materia prima; las de más allá primordialmente competencia individual.

En el sector agropecuario el elemento cardinal es la tierra agrícola, que debe asociarse en proporciones adecuadas con los restantes.

El latifundio, la gran hacienda de tipo tradicional, en Chile, como en todas partes, tiene la particularidad de combinar una disponibilidad considerable de aquel factor con dosis relativamente escasas de los demás. En términos simplificados se posee mucho suelo y poco capital, equipos, técnica, capacidad empresarial. Por ende, el rendimiento de esa "mezcla" es habitualmente bajo.

La situación es muy diferente de la que puede existir en una explotación gigante, de tipo moderno, como las que existen en EE.UU. y en otros países, en que al amplio margen de suelos se unen existencias también apreciables de los demás elementos. Latifundio y "gran propiedad", por lo tanto, no son sinónimos, y aquellos que los identifican lo hacen por desconocimiento del problema o porque quieren desfigurarlos.

En estas circunstancias, y dejando por el momento de lado todo aspecto subjetivo (como el ánimo creador y el espíritu de trabajo del empresario), el latifundio aparece como una unidad económica fundamentalmente estática; resistente al cambio tecnológico y susceptible de escasa expansión de su potencialidad productiva ante los requerimientos de la demanda. Y esta realidad no puede alterarse a menos que se introduzcan modificaciones radicales en su funcionamiento. Para poder reaccionar con dinamismo frente a las incitaciones del mercado y las oportunidades que va abriendo la técnica tendría que trastocar por completo las proporciones de su combinación de factores. Requeriría sobre todo (para citar uno de los elementos claves) capitales, en cantidades substanciales, para establecer el equilibrio apropiado con los otros elementos.

Pero este tipo de explotaciones difícilmente logra acumular capital en la escala necesaria, debido a la gravitación de una especie de círculo vicioso. Como explota insuficientemente y en forma primitiva sus recursos, obtiene una tasa de utilidades sobre su valor comercial que es baja en comparación a la que se logra en otras actividades. Y por esa causa no está en situación de allegar los recursos cuantiosos que precisaría para su modernización y para acrecentar su producción. Porque es ineficiente, gana poco; y porque gana poco sigue siendo ineficiente.

Entiéndase bien que lo anterior de ninguna manera implica que la condición económica del terrateniente sea mala. Las utilidades que consigue pueden ser y habitualmente son por demás holgadas para permitirle un alto nivel de vida, pero otra cosa es el problema desde el ángulo de la "institución", es decir, de la unidad económica que explota. El dueño puede ser multimillonario, pero el predio en términos económicos estricto es pobre.

A estas condiciones económicas meridianas se agregan otras que subrayan el cuadro. Está, por ejemplo, la que podría llamarse la "psicología económica" del latifundista, que sobra señalar que está muy distante de la de un empresario en el sentido moderno de la palabra. Por lo general es un propietario sin empuje ni conocimiento técnico o administrativo, que apenas domina los principios más rudimentarios de su gestión. A menudo está divorciado de ella; el ausentismo del dueño, el arriendo de su predio y el goce de una abultada renta de la tierra son aspectos corrientes en esta realidad.

Por último, hay que considerar algunos factores derivados del "ambiente económico". La tributación benigna que pesa sobre las grandes haciendas en nuestros países ha sido y es un apoyo para su supervivencia, ya que tolera el aprovechamiento parcial o precario de los recursos poseídos. Y en el caso chileno hay que agregar el largo proceso de depreciación monetaria, que ha reforzado su situación privilegiada, como lo demuestran las experiencias en torno a la política y uso del crédito agrícola a las que nos referiremos más adelante.

55

Pero los inconvenientes de esa estructura agraria no terminan con su falta de dinamismo. También hay que recordar su proyección sobre dos variables de mucha significación: la distribución del ingreso y la composición y magnitud del mercado agrícola.

Ese régimen de tenencia de la tierra influye de modo muy claro y directo sobre la repartición de los ingresos entre los distintos grupos sociales que los crean. Allí donde un número relativamente pequeño de propietarios controla parte abrumadora de los mejores recursos del territorio este semimonopolio permite acaparar gran parte de los valores realizados. Es de observación común que la brecha social en el campo es considerablemente más amplia que en las ciudades.

Los extremos de riqueza y pauperismo (con todos sus agregados: analfabetismo, falta de oportunidades, morbilidad, indefensión, etc.) son manifiestos.

No hay estadísticas de la época para cuantificar esos contrastes, pero puede aducirse que cálculos recientes sobre la distribución del ingreso en el país, o sea, después de los profundos cambios políticos, sociales y económicos de los últimos treinta o cuarenta años, todavía dejan testimonio de diferencias marcadas entre la situación al respecto en la agricultura y en las otras actividades. En 1950, por ejemplo, en tanto que el grupo asalariado recibió el 43,4 por ciento del ingreso total, en el sector agropecuario sólo consiguió el 33,1 de las rentas creadas⁹³. No es una suposición audaz sostener que en el siglo pasado y principios de éste, en circunstancias bastante más desfavorables para los trabajadores, la distribución tiene que haber sido mucho más desigual.

Las repercusiones sociales de esta realidad son tan nítidas como para no requerir mayores comentarios. En cambio, es útil insistir sobre las económicas.

Un reparto de rentas como el señalado tiene una influencia primordial sobre la composición de la demanda, es decir, sobre el uso de las rentas que van a manos de los distintos grupos. Como es fácil apreciar, no se solicitarán los mismos bienes y servicios si 100 millones son gastados por un grupo reducido de grandes propietarios que si la misma cantidad es invertida por un conjunto de pequeños empresarios y asalariados agrícolas. A este respecto, un economista argentino expuso muy concisamente la situación que se plantea:

»La concentración de la propiedad de la tierra en un reducido número de explotaciones de gran extensión

⁹³ CEPAL, «Antecedentes sobre el desarrollo económico de Chile».

perjudica la economía de dos formas importantes. En primer término, afecta a la intensidad y el tipo de la demanda de productos industriales. Crea, en efecto, un tipo de comprador de marcaderías de lujo o semilujo, de donde sigue que el consumidor que dispone de grandes ingresos no contribuye en forma alguna a la producción en serie... Si una estancia de 5.000 hás. fuese fraccionada en 25 chacras de 200, no sólo daría una cantidad mayor y más diversificada de productos agropecuarios, sino que haría posible una vida más acomodada a mayor número de familias; la demanda de productos industriales que esto ocasionaría tendría efectos tonificantes sobre la economía general⁹⁴.

Hay poco lugar para dudar que en el caso chileno esa distribución muy desigual del ingreso en el sector agrícola, el más importante y el que empleaba más gente durante todo el siglo que hemos estudiado⁹⁵, influyó decisivamente sobre dos aspectos cardinales.

En primer término, sobre »la presión para importar«, ya que la demanda de la clase terrateniente, lo mismo que la de los grupos pudientes de los demás sectores, se volcaba de preferencia sobre bienes y servicios extranjeros, de uso suntuario y habitual, propios de su refinamiento, que eran promovidos por el ejemplo foráneo. Y, en seguida, sobre la estrechez del mercado comprador para las actividades domésticas que podrían haber producido bienes de consumo. Este elemento, unido a la limitación cuantitativa del mercado agrícola que implicaba su lentitud para crecer, esto es para acrecentar sus ingresos y el intercambio con otros sectores, pu-

⁹⁴ Citado por F. A. Pinto, »Estructura de nuestra economía«.

⁹⁵ Alrededor de un 75% de la población a mediados de siglo.

sieron evidentemente una valla de gran entidad a las posibilidades de la industria nacional.

Queremos insistir sobre estos factores, porque su comprensión ayuda a dilucidar el problema de la incapacidad de la economía chilena para diversificarse y superar el patrón del »desarrollo hacia afuera«. La impotencia de las actividades secundarias y de servicios complementarios para desenvolverse en grado adecuado no debe explicarse solamente por la escasez de capital, la falta de espíritu de empresarios o la política librecambista. La verdad es que los horizontes que abría el mercado interno eran muy circunscritos debido a las particularidades antes consignadas de la demanda del sector principal, el agropecuario. Las prácticas de libre comercio, por lo tanto, no sólo eran una consecuencia del impacto ideológico del exterior; también respondían a la estructura y modo de ser de la economía, que se basaba en el aprovisionamiento en el extranjero de los grupos de mayor demanda y en la atracción del mercado exterior. Los intereses proteccionistas tenían que ser inevitablemente débiles y de allí su fracaso para contrarrestar a sus oponentes.

56

Una ilustración muy transparente de estas cuestiones puede desprenderse de su cotejamiento con una realidad distinta, como ser la del desarrollo agrario en Estados Unidos, sin que ello implique suponer que las condiciones generales del país del Norte eran reproducibles en el nuestro. De todos modos, hay ciertas líneas generales que vale la pena y es legítimo contrastar por lo que ayudan al esclarecimiento del problema tratado.

Como bien se sabe, la agricultura norteamericana se cimentó sobre una estructura socioeconómica de granjeros propietarios, de »farmers«, que trabajaban

con sus familias, ocupaban por lo general poca mano de obra extraña y disponían de tierra en proporción más o menos equilibrada con sus otros recursos.

Esas unidades económicas contenían los embriones del futuro desenvolvimiento industrial y, a la vez, del mercado comprador que tal expansión requería.

»Una mayoría de los granjeros en todas las regiones, y casi todos los del norte eran, en los primeros tiempos, operadores de unidades familiares casi autosuficientes, y ni compraban ni vendían mucho por dinero. Cada familia producía, acumulaba y preparaba la mayor parte de sus alimentos; construía su propia casa, otras instalaciones agrícolas y muebles; a menudo producía su propia lana y tejía y cosía su ropa. El herrero de la localidad y el molino, movido por una rueda en una pequeña corriente, proveían los servicios esenciales para los villorrios, complementados por los zapateros y caldereros trashumantes«⁹⁶.

A medida que fue creciendo y enriqueciéndose esta comunidad agrícola, las funciones tendieron a distinguirse y a especializarse. Y los hombres que tomaron a su cargo el desarrollo de las actividades secundarias salieron de su seno. Dice Hacker al respecto:

»¿De dónde provino... la clase de los industriales? Como en la Inglaterra del siglo XVIII, procedieron en su mayor parte de los agricultores medios. Fueron a menudo granjeros o sus hijos quienes comenzaron a trabajar en el aserradero o en el molino a orillas de los ríos y a montar pequeñas instalaciones textiles en los mismos lugares. Fueron, otras veces, jóvenes bien dispuestos quienes trabajaron con una máqui-

⁹⁶J. Hacker, «Proceso y triunfo del capitalismo norteamericano».

na vieja, hasta estar preparados para hacerlo en pequeños talleres; o campesinos duchos en el regateo quienes se dedicaron a corretear las mercaderías de los comerciantes o a llevar sus libros de contabilidad, hasta convertirse en pequeños capitalistas que abrían su taller. El padre de Andrew Carnegie fue tejedor rural; el de John Rockefeller un vendedor ambulante que traficaba en las aldeas; el de Henry Clay Frick, lo mismo que el de John W. Gates, fueron simples granjeros«.

La potencialidad de la estructura agraria de tipo norteamericano ha quedado evidenciada en la fenomenal expansión productiva de ese país, que ha terminado por encarar un crónico problema de sobreoferta, aunque menos de 12 personas de cada cien activas laboran en su agricultura. Y ese desenvolvimiento fue de la mano con el otro paralelo e igualmente trascendental: la creación de un amplísimo mercado para los bienes y servicios de la industria y de las demás actividades. El bien podría bautizarse como un *»mercado democrático«* por oposición al *aristocrático* que conforma la demanda de una clase de grandes terratenientes. El granjero, a la inversa del latifundista, era un hombre de gustos simples, que podría satisfacer sus necesidades con los productos de la industria doméstica y tenía orgullo en hacerlo. Son bien conocidas las anécdotas de Franklin en la corte de Francia vanagloriándose de sus géneros toscos. Se estableció así un vínculo estrecho, una interdependencia entre los sectores económicos, que influyó poderosamente sobre la política oficial. Escribre Soule sobre el asunto:

»Es algo curioso que los granjeros del norte, que en su mayoría no podían beneficiarse con el proteccionismo, porque producían un exceso exportable,

hayan defendido a los republicanos partidarios de las tarifas altas. Pero había un fundamental sentido común en su actitud... El mercado doméstico había sido, desde antiguo, más importante para la mayoría de ellos... Sabían »en sus huesos« que su bienestar dependía principalmente del poder de compra de los consumidores urbanos. »Eran repetidamente aleccionados por los políticos y, sin duda, la mayor parte les creía que la prosperidad industrial de la nación descansaba en la protección aduanera y que si ésta era seriamente disminuida, vendrían la depresión y la cesantía«⁹⁷.

No escapó a chilenos esclarecidos de la época lo que significaba el »modelo« agrario de EE.UU., en contraste con la realidad de nuestro país. Valdés Vicuña, por ejemplo, razonaba sobre la materia:

»¿... dónde está el gran secreto de aquel país para realizar tanta maravilla, mantener tanta población y acumular tanta riqueza en tan corto período de años?

Este gran secreto estriba únicamente en la subdivisión de la propiedad rural...

He aquí el mal que a nosotros nos afecta... el axioma español de »casas cuando quepas y campos cuantos veas«, se planteó de lleno entre nosotros. Los inconvenientes de estas propiedades tan extensas son fáciles de comprender. En la mayor parte de los casos los dueños mismos no conocen sus límites ni las diversas clases de terrenos que ellas encierran... La concentración de la fortuna en tan pocas manos trae como primera consecuencia aquel contraste, tan chocante en nuestro pueblo, entre el que tiene mu-

⁹⁷G. Soule, op. cit.

cho y el que no tiene nada: entre el que vive bien sin trabajar y el que tanto trabaja para vivir⁹⁸.

57

Quizás ningún episodio es más elocuente para poner de relieve la ineficacia económica del régimen de grandes propiedades dominante en Chile que el del aprovechamiento de los recursos del crédito. La literatura especializada abunda en referencias del grado y forma en que el préstamo hipotecario, que se concibió como instrumento de capitalización, fue desnaturalizado por una clase derrochadora, ostentosa y sin aliento de empresario.

Los investigadores Borde y Góngora dan una visión muy concisa de su evolución e influencia en estas palabras:

»En la segunda mitad del siglo XIX, el crédito, que hasta entonces había sido confiado a la buena voluntad de prestamistas más o menos usureros, se organizó y amplificó. En adelante, los terratenientes, deseosos de obtener créditos, pudieron escoger entre dos posibilidades; ya sea haciendo uso de su prestigio personal en los Bancos... con el fin de obtener anticipos sin garantía de prenda o bien hipotecando sus predios. No hay lugar a dudas que, durante largo tiempo, el crédito personal sin garantía sólo fue otorgado a los latifundistas, los únicos que poseían cuentas corrientes y que estaban en condiciones de establecer, a todas luces, su solvencia. Mas es curioso constatar que los préstamos sobre hipotecas fueron, prácticamente, canalizados hacia los mismos beneficiarios; la Caja Hipotecaria..., que muy pronto llegara a ser uno de los más poderosos orga-

⁹⁸S. Valdés Vicuña, »La solución...«, op. cit.

nismos de crédito de todo el continente sudamericano, fue, durante varias décadas, dócil instrumento en manos de los terratenientes“. La hipoteca »contribuyó« a impedir o limitar la subdivisión de las propiedades por vía de sucesión, apresurándose los herederos que recibían las tierras a hipotecarlas, con el fin de hacer desistir a las demás partes interesadas en la herencia... Pero más que nada el crédito permitió a los grandes propietarios extender sus dominios o constituir otros sin desembolso de dinero. Para ilustrar dicho mecanismo nos basta el ejemplo de una hacienda cualquiera del valle de Puangue; vendida en 426.540 pesos, sólo aportaron al contado sus compradores la suma de 86.540 pesos; el resto, pagable en siete cuotas, tenía como garantía una primera hipoteca; al año siguiente, esos mismos compradores contrataban dos empréstitos sobre la base de dos nuevas hipotecas, la una de 150.000 pesos, otorgada con el asentimiento de la Caja, y la otra de 21.111, concedida por un particular; ese año, por fin, una cuarta hipoteca les permitía abrir una cuenta corriente en el Banco de Valparaíso⁹⁹.

Más tierras o más consumos parecen haber sido los grandes destinos del crédito. Teodoro Schneider, en su obra »La agricultura en Chile« (1904), premiada, nada menos, por la Soc. Nacional de Agricultura, señalaba:

»Las propiedades fueron gravadas, pero los capitales así obtenidos, lejos de invertirse en mejorarlas, se emplearon en gran parte en la construcción de edificios suntuosos, en carruajes, recepciones y es-

⁹⁹J. Borde y M. Góngora, »Evolución de la propiedad rural«..., op. cit.

pectáculos y en los demás dispendios de lujo". Valdés Vicuña, por su parte, escribía: »Muchos de los ricos, cuyas rentas les llegaron a ser insuficientes, se vieron obligados a vivir, no ya de los productos sino del valor mismo de las tierras que poseían las haciendas, principiaron a entrar en la Caja Hipotecaria y ésta fue cada día en aumento; los fondos que de ella se obtenían se iban gastando casi siempre de una manera improductiva y así fue como una institución tan hábilmente organizada vino a ser, por el abuso, la causa principal del gran desarrollo que el boato y el lujo han alcanzado dentro de nosotros"¹⁰⁰

58

Finalmente, no puede dejarse de mencionar, aunque sea de pasada, la influencia de la estructura agraria sobre el desarrollo político-social y por derivación sobre la contextura y orientación de los gobiernos.

La poderosa base económica de la clase terrateniente evidentemente inclinó la balanza política en forma que contradecía la efectiva relación de fuerzas sociales. El caciquismo y los contingentes electorales »propios«, reclutados y arrastrados por el dueño de hacienda, fueron —y en buena medida siguen siendo— elementos que deforman el sistema representativo. Por ese medio, grupos sin duda minoritarios consiguen gravitar sobre el ejercicio del poder en escala desproporcionada. Y la prueba inequívoca de esto puede distinguirse en la tradicional reticencia de los gobiernos y congresos a adoptar cualquier conducta que vulnere realmente alguno de los intereses primordiales del latifundio, sean de orden tributario, relativos al comercio exterior, al proteccionismo o tendientes a obtener una distribución más racional de la tierra, proble-

¹⁰⁰S. Valdés, V., op. cit.

mas que, como se ha visto, venían barajándose desde tiempos de Rengifo.

En resumen, la estructura agraria, por los obstáculos que opone al crecimiento de la producción y a la incorporación de los progresos técnicos; por el tipo de empresario que habitualmente la acompaña y la naturaleza y estrechez del mercado campesino que determina, resalta inequívocamente como un factor clave en la falta de desarrollo del sector agropecuario y por derivación en el desenvolvimiento global de la economía.